

Mons. EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA
Obispo de Tarazona



EL SACERDOTE: LLAMADO A SER SANTO

Carta pastoral con motivo
de la Misa Crismal de 2019



**EL SACERDOTE:
LLAMADO
A SER SANTO**

**Carta pastoral
con motivo de la Misa Crismal de 2019**

EL SACERDOTE: LLAMADO A SER SANTO

**Carta pastoral
con motivo de la Misa Crismal de 2019**

Mons. EUSEBIO HERNÁNDEZ SOLA
Obispo de Tarazona



TARAZONA
2019

Obispado de Tarazona
Plaza de Palacio, 1
50500 Tarazona

Fotografía de cubierta: *El retablo de la Catedral de Tarazona*, Archivo Fundación Tarazona Monumental.

© Obispado de Tarazona, 2019

Depósito Legal: NA 850-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Impresión: Gráficas Astarriaga, Abárzuza (Navarra)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



«Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti
y por la salvación de los hermanos,
van configurándose a Cristo,
y así dan testimonio constante de fidelidad y amor».

Prefacio I de las ordenaciones

ÍNDICE

Introducción	13
I. Configuración del sacerdote con Cristo-cabeza de la Iglesia	15
II. Configuración del sacerdote con Cristo-siervo	19
III. Configuración del sacerdote con Cristo-pastor	23
IV. Configuración del sacerdote con Cristo-esposo	27
V. Tres temas íntimamente unidos	33
1. La santidad del sacerdote se manifiesta y testifica en la misión	33
2. La Eucaristía, el camino más excelente para nuestra con- figuración con Cristo sacerdote	39
3. María, la madre de Jesús, modelo y paradigma de confi- guración con Cristo	46
Oración a María, madre de los sacerdotes	51

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de marzo de 2018, día 19, festividad de San José, el papa Francisco firmaba la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate* (GE) sobre la «santidad en el mundo actual» y que fue hecha pública el siguiente 9 de abril. El Papa nos dice que «todos estamos llamados a la santidad» pero cada uno desde la situación y el estado concreto en el que vive. Por eso, al cumplir mis 75 años, me ha parecido oportuno escribir una Carta Pastoral sobre la «Santidad del Sacerdote» y entregarla el día de Jueves Santo, día tan señalado en el que Jesús, antes de morir, nos dejó el don de la eucaristía y del sacerdocio, tan íntimamente unidos.

Desde el inicio de su ministerio, el papa Francisco nos quiere convencer de que la santidad es el modo más maravilloso de realizarnos como personas, llenando plenamente nuestra vida de sentido. Si esto lo dice para todos los fieles, mucho más para nosotros, personas vinculadas a Jesús por el bautismo y por nuestra consagración sacerdotal. Él «a todos nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (GE 1).

Uno de los peligros que puede tener el sacerdote de hoy es el de la «dispersión». Ocupados en muchas cosas, es fácil distraerse de lo esencial y sentirnos vacíos en medio de muchas ocupaciones. Lo decía muy bien el papa Benedicto:

«Cuando, como obispo y como hermano en el sacerdocio, me he puesto a reflexionar sobre las causas que hacen que poco a poco se vaya desmoronando una vocación tan entusiasta y tan esperanzada en sus comienzos, siempre he llegado a la misma conclusión: ha habido un momento en que ha dejado de existir la oración callada y silenciosa, desplazada tal vez por el ruidoso celo por tantas cosas como hay que hacer. Pero ahora es un celo vacío, porque ha perdido su empuje interior»¹.

¹ J. Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría: Reflexiones sobre la espiritualidad sacerdotal*, Herder, Barcelona 2012.

Teniendo presente que el sacerdocio es «un precioso tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4,7) debemos preguntarnos: ¿Qué debemos hacer para que esta lámpara de nuestra vocación nunca se apague? Por otra parte, sabemos el consejo que el mismo Pablo da a su discípulo Timoteo: «Te recuerdo que avives el carisma de Dios que recibiste por la imposición de mis manos. Pues el Espíritu que Dios nos dio no es de cobardía, sino de fuerza, amor y templanza» (2 Tim 1,6).

Ciertamente, somos conscientes de que estos últimos tiempos, con motivo de la «pederastia» descubierta en muchos religiosos y sacerdotes, no son los mejores para la Iglesia. Estamos en el «ojo del huracán». ¿Qué hacer? Santa Teresa nos habla de «tiempos recios» cuando veía avanzar el protestantismo por Europa con sus graves secuelas a causa de las «guerras de religión». ¡Está ardiendo el mundo! ¿Qué hacer? Y nos dice: «Voy a llenar eso poquito que hay en mí». Hay que ser concretos y comenzar por nosotros mismos. Cada uno de los sacerdotes puede decir: «Voy a llenar de santidad eso poquito que hay en mí»².

LA ESENCIA DE NUESTRA SANTIDAD CONSISTE EN NUESTRA CONFIGURACIÓN CON CRISTO

Lo expresaba muy bien el papa san Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*: «Hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia: en efecto, el sacerdote de mañana, no menos que el de hoy, deberá asemejarse a Cristo» (PDV 5). Y, un poco más adelante, nos concretará ese «asemejarse a Cristo» hablándonos de una configuración con Cristo «cabeza, esposo, siervo y pastor» (PDV 21). Reflexionemos atentamente sobre estos aspectos.

² Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 1, 2.

I

CONFIGURACIÓN DEL SACERDOTE CON CRISTO-CABEZA DE LA IGLESIA

En varias ocasiones san Pablo nos dice, que Cristo es Cabeza de la Iglesia (Ef 5,23; Col 1,18). La palabra «Iglesia» hunde sus raíces en el Antiguo Testamento. Allá, a los pies del Sinaí, después de la liberación de Egipto, Israel va a quedar constituido como «Pueblo de Dios». Antes era más o menos un grupo desorganizado. Ahora hay una llamada de Dios para construirse como «pueblo». Precisamente a esta reunión se le dará el nombre de *qahal*, de donde vendrá la palabra *Ecclesia* del verbo *kaleo*, que significa reunión. Es una reunión, fruto de una llamada de Dios.

Jesús no sigue el ejemplo de Juan Bautista que vive una vida solitaria en el desierto. Según los evangelios, al iniciar su vida pública, lo primero que hace es «llamar a sus discípulos» (Mc 1,16-20). Y, según este evangelista, entre Jesús y sus discípulos se crea una unión tan fuerte que el verdadero discípulo es el que no deja al Maestro ni a sol ni a sombra. Solo, a final del evangelio, lo dejarán solo y los evangelistas van a señalar bien este dato de su abandono (Mt 27,45-54; Lc 23,44-47; Jn 19,29-30).

No deja de ser sintomático el hecho de que Jesús quisiera celebrar la Última Cena con los «doce», continuadores de las doce tribus de Israel y representantes del Nuevo pueblo de Dios. Estos son elegidos por Jesús para hacer presentes en el mundo «sus palabras» y «sus hechos».

Es cierto que, con la muerte de Jesús, viene la dispersión del grupo de discípulos; pero con la resurrección surge la necesidad de reunirse (Hch 4,32.33).

CADA ETAPA DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN SE HA UNIDO A CRISTO DE MODO DISTINTO

- Los judíos, antes de Cristo, se unían al Mesías que iba a venir.

- Los que fueron contemporáneos de Jesús, se unían a través del Cristo de «carne y hueso». Aquellos judíos que no quisieron reconocer a Cristo, «quedaron desfasados» y siguen todavía esperando al Mesías.

- No menos desfasados quedaron aquellos que se aferraron al Cristo histórico de tal forma que, después de la Resurrección, no querían desprenderse de Él. (Tomás y María Magdalena hasta que se les apareció el Señor). Y en esta situación viven muchos cristianos.

- El Cristo eclesial. Después de la Resurrección y Ascensión al Cielo, Cristo quedó para siempre entre nosotros hasta el fin del mundo (Mt 28,2). Pero quedó como «Cabeza unida al Cuerpo de la Iglesia». Es lo que nos dice san Pablo (Ef 5,23 y Col 1,18). La Iglesia prolonga la «Humanidad de Cristo» a través de su Palabra, los Sacramentos y la vida de Caridad. Por eso san Pablo podrá decir con toda verdad: «Ya no conocemos más a Cristo según la carne» (2 Cor 5,16). Aquellos cristianos que se han quedado con el Cristo historicista y no han dado el paso al Cristo de la fe, han quedado también «desfasados». Con qué realismo han hablado de este tema algunos de nuestros santos:

«Lo que era visible en Cristo ha pasado a los misterios»
(S. León Magno)¹.

«Tú te has mostrado a mí cara a cara. Te encuentro en tus misterios» (S. Ambrosio)².

EL SACERDOTE REPRESENTA A CRISTO

¿Qué quiere decir esto? Nadie lo puede explicar mejor que el papa sabio Benedicto XVI:

«¿Qué quiere decir “representar” a alguien? En el lenguaje común, quiere decir, generalmente, recibir una delegación de una persona para estar presente en su lugar, hablar y actuar en su lugar, porque aquel que es representado está ausente de la acción concreta. Nos preguntamos: ¿El sacerdote representa al Señor de la misma forma? La respuesta es que no, porque en la Iglesia Cristo no está nunca ausente, la Iglesia es su cuerpo vivo y la

¹ San León Magno, *Sermo* 74, 2.

² San Ambrosio, *Apología del profeta David*, 12,58.

Cabeza de la Iglesia es él, presente y operante en ella. Cristo no está nunca ausente, al contrario, está presente de una forma totalmente libre de los límites del espacio y del tiempo, gracias al acontecimiento de la Resurrección, que contemplamos de modo especial en tiempo de Pascua».

Por tanto, el sacerdote que actúa *in persona Christi Capitis* y en representación del Señor, no actúa nunca en nombre de un ausente, pero sí en la «Persona» misma de Cristo Resucitado, que se hace presente con su acción realmente eficaz. Actúa realmente y realiza lo que el sacerdote no podría hacer: La consagración del vino y del pan para que sean realmente presencia del Señor, y la absolución de los pecados. El Señor hace presente su propia acción en la persona que realiza estos gestos.

Y para que el hecho de obrar en nombre de Cristo-Cabeza no sea para nosotros motivo de vanidad o de soberbia, nos vienen muy bien unas bellas palabras de san Agustín hablando a los sacerdotes:

«Y nosotros, ¿qué somos? Ministros (de Cristo), sus servidores; porque lo que os distribuimos no es nuestro, sino que lo sacamos de su despensa. Y también nosotros vivimos de ella, porque somos siervos como vosotros»³.

³ Benedicto XVI, Audiencia General; Plaza de San Pedro, miércoles 14 de abril de 2010.

II CONFIGURACIÓN DEL SACERDOTE CON CRISTO-SIERVO

Jesús ha venido a este mundo con un programa bien definido: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20,28).

Este mensaje choca con la concepción del sacerdocio antiguo:

En el Antiguo Testamento todo se hacía por separaciones. Dios había separado una tribu, la de Leví; de esa tribu, una familia, la de Aarón y de esa familia se separaba a un hombre *segregatus* y por medio de ritos especiales se le designaba para el mundo sagrado y se le separaba del mundo profano. Jesús rompe con este tipo de sacerdocio y lo realiza no por separaciones sino por cercanía. «Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9,13). Lo único que le separa es el pecado.

El ser de la tribu de Leví va a tener sus privilegios. En los sacrificios «Se dará al sacerdote la espaldilla, las quijadas y el cuajar... le darás las primicias de tu trigo, de tu mosto y de tu aceite, así como las primicias de tu ganado» (Dt 18,3-4).

De esta tribu de Leví se elige una familia, la familia de Aarón. Como esta familia está destinada a Dios que está en la altura, se le eleva a alta dignidad y se le dan honores. (cf. Ecl 45,6-13). Escalada de ascenso.

Con Jesús va a ocurrir algo nuevo y distinto:

La entrada en este mundo se expresa con un «Sí», rotundo y solemne al Padre: «No quisiste oblacones y sacrificios, pero me has dado un cuerpo... aquí estoy para hacer tu voluntad» (Heb 10,5-10). Y lo que ha sido la vida de Jesús lo ha recogido muy bien san Pablo en el himno a Filipenses 2,6-8. Aquí se habla:

- de despojo.
- de vaciamiento.

- de condición de esclavo
- de ser como uno más, uno de tantos.
- de obediencia hasta la muerte.
- y muerte de Cruz.

No cabe duda de que aquí hay una «escala de descenso».

Y este descenso se hace todavía más patente en la Eucaristía donde Jesús llega a convertirse en un trozo de pan y un poco de vino. Pensemos en este texto impresionante de Juan (Jn 13,1-16). El evangelio es solemne:

«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo».

¿Qué significa hasta el extremo? Fray Luis de Granada lo expresa de esta manera:

«Es como si el amor de Cristo hubiera estado, hasta entonces, detenido, represado, y solo hoy le abriera las compuertas y le diera licencia para llegar hasta donde Él quería llegar»¹.

«Se levantó de la mesa. Se quitó el manto...». Era signo de autoridad y de poder. Ciertamente que él es el Señor, pero quiere que, desde ahora, la autoridad sea un servicio humilde y desinteresado. Todo aquel que en la Iglesia va buscando fama, poder, prestigio... se equivoca. Al papa san Pablo VI, cuando visitó la Tierra Santa, le impresionó la gruta de Belén, donde nació Jesús. Y los que estaban cerca le oyeron decir: ¡Cuánto tiene que cambiar la Iglesia! Y la Iglesia no es solo el Papa, los obispos y los sacerdotes. Somos todos, también los fieles.

«Se ciñó la toalla». Esto era algo inaudito. Era oficio propio de esclavos. Sabemos que el emperador Calígula, cuando quería humillar a un senador lo mantenía, durante un banquete, con la toalla puesta.

«Echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies».

San Pedro, que sabe lo que esto significa, protesta: «¿Lavarme los pies tú a mí? Yo a ti sí... pero ¿Tú a mí?». Pero Jesús está dispuesto a hacerlo por encima de todo: «Si no lo hago, tú no tendrás parte conmigo». Dios de rodillas delante de unos hombres... ¡Qué dignidad la del hombre, de cada hombre, de todo hombre!

¹ Citado en: R. Romero, *El gozo de creer en Jesús*, Verbo Divino, Estella 2013, p. 18.

«Se puso a secar los pies». No era necesario, pero es el detalle, el querer terminar la obra buena, el culminar... No podemos dejar las cosas a medio hacer, a medio acabar. El bien hay que hacerlo bien. En la vida todo lo dejamos a medias, sin terminar, cuando lo que hacemos, lo hacemos sin amor. Así nunca podemos llegar a ser santos.

«Se pone de nuevo el manto». ¿Y la toalla? No se la quitó, se la dejó puesta. Es una actitud a la que la Iglesia no podrá nunca renunciar.

Jesús no ofrece a Dios cosas ajenas a su vida, sino su misma vida. Es decir, el sacerdocio de Cristo no es cultural sino existencial.

Cuando Jesús, en la última cena, toma un pan y lo rompe hace alusión al Viernes Santo donde su cuerpo se romperá, se entregará por todos. Lo mismo hará con la copa de vino: «Esta es la copa de mi sangre que se derrama por vosotros».

Cuando, como sacerdote, pronuncio estas palabras me entra un escalofrío. No decimos este es el Cuerpo de Cristo sino «esto es mi cuerpo que se entrega». Ni tampoco esta es la sangre de Cristo sino «esta es mi sangre que se entrega». Si yo no vivo en una actitud de entrega y servicio a los demás estoy asentando mi vida en una gran mentira.

III

CONFIGURACIÓN DEL SACERDOTE CON CRISTO-PASTOR

El evangelio de Juan nos habla de Cristo Pastor en el capítulo 10. Nos dice que es «El buen pastor» y lo hace en forma positiva recogiendo las ricas experiencias del pueblo nómada camino de la tierra de promisión. Durante este camino el pueblo no ha estado solo. Ha sido acompañado por un «Pastor» que ha dado a sus ovejas:

- *Plenitud.* «Nada me falta con Él» (Sal 23,1). Frente a un mundo lleno de frustraciones, el salmista ha reconocido por propia experiencia que estando con este pastor no le falta nada. Más tarde nos lo recordará nuestra mística Teresa de Jesús: «Quien a Dios tiene nada le falta. Solo Dios basta». Y esto hay que interpretarlo no en el sentido de que estoy con Dios y me desentiendo de lo demás. Al contrario, cuando tengo a Dios todo se llena de sentido. Y cuando no lo tengo, todo suena a vacío.

- *Bienestar.* «En prados de hierba fresca me hace reposar. Me conduce hacia fuentes tranquilas» (Sal 23,2). La experiencia de tumbarse en la hierba después de una caminata en días de bochorno es sensacional. La tierra se torna madre tierna que acoge y abraza. Las fuentes, en un país donde escasea el agua siempre es un acontecimiento. Pero no son aguas torrenciales, que generan peligro, sino aguas tranquilas de manantial que sacian la sed y reparan el cansancio.

- *Seguridad.* La inseguridad puede llegar en la noche. Pero hay algo que serena y tranquiliza: El golpe seco del cayado del pastor. Todas estas ricas experiencias del salmo 23, las recoge Jesús cuando dice «Yo soy el Buen Pastor» (Jn 10,11).

- Por otra parte, en ese mismo capítulo, se tienen presentes otras experiencias negativas de falsos pastores:

– *Entran por la puerta falsa.* Son ladrones y salteadores.

– *Son asalariados*. Les importa el dinero, pero no las ovejas. Por eso, al ver venir el lobo, huyen.

– *No apacientan a las ovejas*. Se apacientan a sí mismos, se aprovechan de su lana, de su leche y de su carne. Pero no las han conducido a buenos pastos, ni han buscado la descarriada, ni han curado la herida (cf. Ez 34).

Y esta actitud negativa provoca en nosotros, sacerdotes del Señor, algunas preguntas:

a) ¿He entrado en el sacerdocio por la puerta verdadera o por la puerta falsa?

b) ¿Soy asalariado? ¿Vivo el sacerdocio como «vocación» o como oficio, como negocio material? ¿Sirvo a las ovejas o me sirvo de ellas?

EL BUEN PASTOR:

- Entra por la verdadera puerta. La puerta del servicio desinteresado.

- Conoce a sus ovejas. Y, sabemos que el verbo conocer en la Biblia es algo más que conocimiento intelectual, es afectivo, vivencial.

- Llama a cada una de sus ovejas por su nombre. Para este pastor no existen «ovejas número», sino «ovejas con nombre propio». No hay ovejas que no le interesen, aunque estén alejadas.

- Va delante de las ovejas. Y, en este caso, sabemos que el ir por delante no es simplemente marcar un camino sino dar la vida por las ovejas. El papa Francisco prolonga esta bella imagen y coloca al pastor también en medio y al final del rebaño:

«Ser Pastores quiere decir también disponerse a caminar en medio y detrás del rebaño: capaces de escuchar el silencioso relato de quien sufre y sostener el paso de quien teme ya no poder más; atentos a volver a levantar, alentar e infundir esperanza»¹.

- Lo único que le interesa a este Buen Pastor: Que sus ovejas tengan vida y la tengan en plenitud (cf. Jn 10,10). Otra manera muy bonita de definir la santidad: tener plenitud de vida.

¹ Profesión de fe con los obispos de la Conferencia Episcopal Italiana, Basílica Vaticana, 23 de mayo de 2013.

OTROS TEXTOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

La oveja perdida en Lucas (15,4-7)

- Abandona las 99. Y se va en busca de la que se ha perdido. Solo se busca lo que se ama. Y no intentéis pedir razones al corazón. Pensemos que, en nuestra Iglesia actual, la que está en el redil es una y las noventa y nueve están fuera. ¿En qué empleamos el tiempo? ¿En la una que nos queda o en las 99 que están fuera? Tomemos en serio y no hagamos broma de lo que tanto nos está hablando el Papa Francisco: Iglesia en salida.

- Cuando la encuentra se pone muy contento. No sabemos cuál será la mayor alegría de los hombres, pero sí la de Dios: encontrar la oveja que se daba por perdida; encontrar al hijo que se había descarriado.

- La pone sobre sus hombros. A este pastor ni se le ocurre ir a buscar la oveja con cuerdas para traerla atada. La besa, la acaricia, la pone encima de sus hombros. ¿Puede haber cuerdas más fuertes que las cuerdas del amor? Esta parábola es de misericordia. Por eso termina: «Habrà más alegría por un pecador que se convierta». El pastor de todos los tiempos no solo debe tener un corazón grande y misericordioso con las ovejas que se han apartado y vuelven al aprisco, sino que debe manifestar la alegría del retorno.

La oveja perdida en Mateo (18,12-14)

Sabemos que el capítulo 18 de Mateo está dedicado a lo que se llama «discurso eclesial» donde el evangelista nos da datos esenciales de una comunidad cristiana. Cuando Mateo inserta en este contexto la parábola de la «oveja perdida», lógicamente, la adapta a un contexto comunitario. El tema ya no será el de la misericordia, como en Lucas, sino el de la autoridad dentro de la comunidad. El final no es: «habrá más alegría por un pecador que se convierte» sino «no es voluntad de vuestro Padre que se pierda uno solo de estos pequeñitos» (Mt 18,14). En toda comunidad cristiana hay primeros y últimos; mejores y peores; más dotados y menos; más agraciados y menos agraciados. Lo importante es que el pastor, el jefe de esa comunidad, debe poner su mirada especialmente en los «pequeños», los últimos, los menos dotados, los que más lo necesitan. Estos deben ser los privilegiados. Y este es el modo de ejercer la autoridad dentro de la Iglesia.

IV

CONFIGURACIÓN DEL SACERDOTE CON CRISTO-ESPOSO

Aunque esta denominación de Cristo-Esposo aparece en último lugar, creo que es oportuno decir que es la «clave» para poder entender las otras tres denominaciones anteriores. Configuración con Cristo Cabeza, Siervo y Pastor.

Dios, desde siempre, ha soñado en que fuéramos santos. ¿Quiénes somos nosotros para romper los sueños de Dios?

San Pablo no puede pensar en una Iglesia sin Cristo. Por eso, a cada uno de nosotros, nos ha regalado una «pre-existencia». «En Cristo nos ha elegido antes de la fundación del mundo» (Ef 1,4). No existían ni el sol, ni la luna, ni las galaxias, ni la tierra; y, nosotros «en Cristo», ya existíamos para Dios. Es hermoso pensar que, desde toda la eternidad, hemos sido objeto de unos sueños eternos.

Y, ¿qué ha soñado Dios sobre nosotros desde siempre? «Que fuéramos santos por el amor» (Ef 1,4). Cuando nosotros nos conformamos con una vida mediocre, tibia, vulgar, una vida sin dar la talla, una vida que se queda a la mitad del camino y no llega hasta el final, es decir, hasta la santidad, lo que más nos debe doler es que así estamos defraudando a Dios, no estamos realizando ese maravilloso proyecto de vida que, desde toda la eternidad, tenía preparado para nosotros.

No podemos entrar en el cielo bajo la sospecha de que Dios esté pensando en su corazón: ¡Qué lástima! ¡Con lo que Yo esperaba de ti!

LAS BODAS DE CANÁ (JN 2)

Puestas en el evangelio de Juan al principio, nos está diciendo que, con la venida de Jesús, la humanidad está en fiesta y nos va a regalar un

vino exquisito para que esta fiesta no se interrumpa. Aquel vino primero, símbolo del amor humano, se acaba, y con su desaparición se acaba la fiesta de esta vida. Con el nuevo vino traído en abundancia por Jesús, la fiesta permanece.

No podemos olvidar que el verdadero sueño de Dios sobre la santidad tiene que ver con el amor. «Santos en el amor». Si el vino es el signo de la alegría y de la fiesta, el «vino de excelencia» simboliza la mejor fiesta. Debemos desterrar para siempre la idea de que «la llamada de Dios a la santidad» es una llamada a una vida triste, solitaria, amasada en lágrimas de amargura. Al contrario, es una llamada a ser felices ya aquí y ahora. Lo advierte el mismo Jesús: «¿Pueden acaso estar tristes los invitados a una boda mientras el novio está con ellos?» (Mt 9,15). Mientras no perdamos a Jesús, mientras Jesús esté con nosotros, estamos en una boda permanente. Y a una boda no se va a llorar sino a beber, a cantar y danzar. ¿No tendremos los cristianos, también los sacerdotes, una asignatura pendiente?

LA LLAMADA DE JESÚS A ESTAR CON ÉL

Dice el evangelio de Marcos: «Jesús subió al monte y llamó a los que quiso. Y se acercaron a Él. También designó a doce a quienes constituyó apóstoles para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar con poder para expulsar demonios» (Mc 3,13-14).

Después de haber dicho que mientras estamos con Jesús estamos en fiesta, es lógico que la llamada de Jesús «a estar con Él» es para que sus discípulos sepan disfrutar de la fiesta de la vida que trae Jesús. Después esta fiesta no se la guardarán para ello solos, sino que la difundirán en los demás. Lo que tienen que predicar los apóstoles es «la experiencia de fiesta» estando con Jesús. Y por eso el evangelio será siempre «una buena noticia».

Pero ahondemos un poco más. ¿Cuál es el contexto de esta llamada? «Jesús subió al monte». Por el evangelista Lucas sabemos que subió al monte a orar (Lc 11,1). En la montaña Jesús ha tenido una maravillosa experiencia de su Padre Dios, a quien le llama *Abbá*, «Papá».

Jesús ha disfrutado «estando con Dios su Abbá». Y esa misma experiencia es la que tendrán con Él sus discípulos. Por eso, los llama a «estar con Él» es decir, a que disfruten con Él como Él disfruta con su Padre en la oración.

Por eso la oración es una llamada de amor: El amigo llama a estar con sus amigos, el Padre a estar con sus hijos y el enamorado con su enamorada. La oración es cuestión de amor (santa Teresa).

EL SECRETO DE UNA INTENSA JORNADA DE TRABAJO

San Marcos ha querido resumir en el primer capítulo de su evangelio, una jornada intensa de trabajo por parte de Jesús. Llama a los primeros discípulos, entra en la sinagoga y cura a un endemoniado, cura a la suegra de Pedro, cura a un leproso, al anochecer le llevan todo tipo de enfermos. Dura jornada de trabajo que apenas le han dejado tiempo para comer. Jesús no da sensación de agobio. ¿Por qué? Lo expresa muy bien en Mc 1,35: «De madrugada, antes de salir el sol, Jesús se levantó y se dirigió a un lugar apartado a orar. Simón y los que estaban con Él fueron a su encuentro y le dijeron: “Todos te buscan”».

El hombre más buscado, aquel a quien todos necesitan, el más ocupado por su trabajo, ha encontrado tiempo para estar con el Padre antes de salir el sol. «El estar con el Padre» es una necesidad para Jesús. Con los primeros rayos del sol y la frescura de la mañana, Jesús se ha llenado de un amor lleno de ternura y de misericordia. Y lo derramará a lo largo de la jornada. ¿Nos preguntamos por qué no nos busca la gente? A nadie le interesa el encuentro con personas huecas, vacías por dentro. Solo aquel que está lleno, puede llenar. Solo aquel que se siente amado, puede amar. Solo aquel que es feliz puede aportar alegría a los demás.

«Cristo llamó a sus discípulos a estar con Él y a enviarlos a predicar».

A nadie envía a predicar si antes «no ha estado con Él». El tiempo de nuestra oración, no solo no quita nada a nuestra acción pastoral, sino que es «la garantía» de que esta acción pastoral va a ser fecunda y va a responder a la enseñanza de Jesús. En este sentido son muy iluminadoras las sabias palabras de un insigne cardenal actual:

«Con el fin de poder ser sacerdote a favor de los otros, hay que ser antes cristiano con el resto de los cristianos; y como Juan recostado en el pecho de Jesús, aprender en la amistad con Cristo a ser amigos de Dios y de los hombres. Esta unión fraterna y amis-

tosa, y la comunión con todos los cristianos, libran al sacerdote de un aislamiento antinatural y de una soledad insoportable, lo arraigan en la comunidad como gran familia y lo enriquecen con la variedad de dones que encontrará en la comunidad misma»¹.

EL CRISTO-ESPOSO SOLO ENTREGA SU IGLESIA A PERSONAS APASIONADAMENTE ENAMORADAS DE ÉL

Después de la Resurrección se le aparece a Pedro en el lago de Tiberíades. No le recrimina nada ni le tiene en cuenta su triple negación. Tampoco le niega lo que le ha prometido. Le va a entregar el «Primado». ¿Qué le exige?, ¿títulos universitarios?, tan solo amor. Simón, ¿me amas? Apacienta. Y esto hasta tres veces para que la triple profesión de amor borre la triple negación. Lo único que exige Jesús al primer Papa es que le ame y que, con este amor, apaciente al rebaño (Jn 21,15-19).

Esto lo entendió muy bien Pedro cuando decía: «Amaos intensa y entrañablemente unos a otros ya que habéis nacido de nuevo» (1 Pe 1,22).

Y a los dirigentes de la Iglesia: «Apacentad el rebaño de Dios... no con la fuerza o por una rastrera ganancia, sino gustosamente y con generosidad... no como dictadores... sino como modelos del rebaño» (1 Pe 5,2-3).

Y en el caso de la Magdalena está claro que los discípulos del Resucitado no se deben conformar con un amor cualquiera sino con un amor esponsal. Los autores están de acuerdo en afirmar que el evangelista ha montado esta escena sobre un contexto bien preciso: el Cantar de los Cantares. Hay un huerto, una búsqueda apasionada, unos nombres llenos de admiración: ¡María! ¡Rabboni! Un abrazo de María a los pies de Jesús (Jn 20,16).

En la intención del evangelista, Cristo Resucitado es el Esposo y María simboliza a la Iglesia, nueva esposa. Las nuevas relaciones con Cristo han de ser, de aquí en adelante, de un amor de excelencia, de un amor nupcial. Podríamos acabar esta sección con unos versos sublimes de Pedro Calderón de la Barca:

¹ Cardenal Walter Kasper, *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2008.

¿Qué quiero, mi Jesús?... Quiero quererte,
quiero cuanto hay en mí del todo darte
sin tener más placer que el agradarte,
sin tener más temor que el ofenderte.

Quiero olvidarlo todo y conocerte,
quiero dejarlo todo por buscarte,
quiero perderlo todo por hallarte,
quiero ignorarlo todo por saberte.

Quiero, amable JESÚS, abismarme
en ese dulce hueco de tu herida,
y en sus divinas llamas abrasarme.

Quiero, por fin, en Ti transfigurarme,
morir a mí, para vivir tu vida,
perderme en Ti, JESÚS, y no encontrarme.

V

TRES TEMAS ÍNTIMAMENTE UNIDOS A LA SANTIDAD DEL SACERDOTE

1. LA SANTIDAD DEL SACERDOTE SE MANIFIESTA Y TESTIFICA EN LA MISIÓN

La vocación al servicio de la misión

Una de las constantes que atraviesa la historia de las vocaciones en el Antiguo Testamento y Nuevo Testamento es que se inserta en un contexto de misión. Cuando Dios llama, lo hace para cumplir una misión concreta.

MOISÉS escucha una llamada y en ella descubre su tarea de liberar a Israel de la esclavitud de Egipto. «El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí. He visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, pues, yo te envío al Faraón para que saques a mi pueblo de Egipto» (Éx 3,9-10). Ahora, en el momento en que Yahvé va a intervenir de forma salvadora en Israel, Moisés descubre su propia vocación.

JOSUÉ, años más tarde descubrirá su vocación cuando se le encomienda la conquista de la tierra prometida: «Habló Yahvé a Josué, hijo de Num, y le dijo: Moisés, mi siervo, ha muerto. Ahora, pues, levántate y pasa ese Jordán tú con todo este pueblo... Lo mismo que estuve con Moisés estaré contigo» (Jos 1,1-5).

LOS PROFETAS son hombres que escuchan la palabra de Dios en un momento y en unas circunstancias concretas de la vida del pueblo. Es el Señor quien toma la iniciativa: «Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla Dios ¿quién no profetizará?» (Am 3,8).

EZEQUIEL está desterrado en Babilonia con la clase alta e influyente del pueblo. Allá no hay templo, ni reyes, ni profetas... Pero, en el valle, tiene una gran visión. Dios se le hace presente y le manda cambiar de oficio: De sacerdote va a convertirse en profeta. Y va a anunciar a sus colegas sacerdotes que, si no se convierten, van a suceder cosas peores.

JEREMÍAS. El Señor le va a encomendar una misión bien concreta, «la de arrancar y destruir, la de edificar y plantar» (Jr 1,10). Para cumplir esta misión Dios le elige desde el seno materno (Jr 1,5). Y esto significa lo siguiente: No es que nazca un hombre y se le asigne el oficio de profeta, sino al contrario, porque se necesita un profeta, nace este hombre. La misión es la razón de su existencia. A la misión yo le debo la vida y todo lo que soy. Y lo que yo tengo que hacer en la vida es más importante que la vida misma.

JESÚS va a seguir esta línea en el Nuevo Testamento. Hay en el evangelio de Juan una especie de estribillo que, a manera de cantinela, se va repitiendo. Jesús es el enviado del Padre (Jn 3,17; 5,36; 7,29). Ante esta misión:

- no cuenta el comer (Jn 4,34),
- ni el dormir (Mc 1,32-38),
- ni la vivienda (Lc 9,58),
- ni la vida misma (Jn 10,18; Lc 9,51; Mc 10,32-34).

Hay una pincelada de Lucas muy significativa después del rechazo de Jesús en Nazaret: «Pero Él, abriéndose paso por medio de ellos, seguía su camino» (Lc 4,20). En el evangelio de Juan Jesús prevé su pasión y muerte y humanamente desea que su Padre le libre de la muerte. Entonces cae en la cuenta de su misión y rechaza la tentación. «Ahora mi alma está turbada ¿qué voy a decir? Padre, ¿sálvame de esta hora? Pero si para eso he venido...» (Jn 12,27). Al final, tomará en sus manos el libro de su existencia y dirá: ¡Misión cumplida!

Los últimos papas y la Misión Evangelizadora de la Iglesia

San Pablo VI

La exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (EN) fue promulgada por el papa san Pablo VI, el 8 de diciembre de 1975, un año des-

pués del Sínodo de Obispos sobre la Evangelización. Es un Documento básico, muy completo y muy actual. Debemos acudir a él para conocer bien lo que es una auténtica evangelización.

Algunos puntos más destacables:

– La Iglesia existe para evangelizar.

«Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad profunda. La Iglesia existe para evangelizar» (EN 14).

Si la Iglesia existe para evangelizar, esto quiere decir que: Donde no se evangeliza no hay Iglesia de Jesús. Y donde se evangeliza poco o mal, la Iglesia va perdiendo vigor, se va debilitando, va muriendo poco a poco. Y lo que se dice de la Iglesia Universal se dice también de las Iglesias locales y de las comunidades religiosas. Al contrario, donde se evangeliza, la Iglesia o la comunidad crece, se renueva, se robustece.

– El Centro de la Evangelización es Jesucristo.

«No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (EN 22).

– La Evangelización tiene necesidad de «testigos».

«El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan» (EN 41).

San Juan Pablo II

San Juan Pablo II habló por primera vez de Nueva Evangelización, el 9 de junio de 1979, en Nowa Huta, barrio industrial de Cracovia que se hizo famoso por la lucha de los creyentes contra el comunismo.

Cathequesi tradendae

Es una Exhortación apostólica post sinodal sobre la catequesis en el tiempo contemporáneo. Publicada el 16 de octubre de 1979. Profundiza en temas de *Evangelii Nuntiandi*.

Redemptoris Missio (RM)

Es un Carta Encíclica de Juan Pablo II en el 25 aniversario del decreto conciliar *Ad gentes*.

– El Papa extiende la «misión del sacerdote» a toda la Iglesia y no puede reducirse a una diócesis concreta:

«El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación “hasta los confines de la tierra”, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles» (RM 67).

– Esta mentalidad abierta y universal ha de fomentarse en los Seminarios:

Por esto, la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles

«un espíritu genuinamente católico que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito y lanzarse en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes» (RM 67, *Optatam totius* 20).

– No se concibe a un sacerdote sin «mentalidad misionera»:

Todos los sacerdotes deben de tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera (RM 67, *Optatam totius* 20).

«Mi deseo es que el espíritu de servicio aumente en el presbiterio de las Iglesias antiguas y que sea promovido en el presbiterio de las Iglesias más jóvenes» (RM 68) (cf. *Ad gentes*, n. 38)».

– A misiones deben ir los sacerdotes más idóneos:

«Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera» (RM 68) (cf. *Ad gentes*, n. 38)².

² S. Congregación para el Clero, *Normas directivas Postquam Apostoli*, 29: l. c., 362s; Conc. Ecum. Vat. II, *Decr. Ad gentes sobre la actividad misionera de la Iglesia*, 20.138.

Ecclesia in America (EA)

Finalmente, en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*, el papa san Juan Pablo II dedica el último capítulo a la evangelización en América. En este documento hay, por parte de Papa, un «recuerdo» y un «aviso».

Recuerdo:

«La Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre. Este anuncio es el que realmente sacude a los hombres, despierta y transforma los ánimos, es decir, convierte. Cristo ha de ser anunciado con gozo y con fuerza, pero principalmente con el testimonio de la propia vida» (EA 67).

Aviso:

«Hay que preguntarse si una pastoral orientada casi de modo exclusivo a las necesidades materiales de los destinatarios no haya terminado por defraudar el hambre de Dios que tienen esos pueblos, dejándolos casi en una situación vulnerable ante cualquier oferta supuestamente espiritual» (EA 73).

Benedicto XVI

Benedicto XVI fundó el Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización. Y habló de una acción pastoral concreta para las Iglesias de la antigua tradición cristiana. No olvidemos las palabras de este Pontífice al hablar de la Iglesia en Europa como «una viña devastada».

Francisco

– Acuña la frase de «Iglesia en salida». Y dice que la evangelización es tarea de toda la Iglesia. No solo de sacerdotes y religiosos.

– Esta idea la llevaba en el corazón y la expresó en una intervención antes del Conclave. El cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, ha revelado el contenido de la intervención del cardenal Bergoglio en la congregación general de cardenales previa al cónclave. Leo la frase final:

«Pensando en el próximo Papa: Un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayude a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales, que la ayude a ser la madre fecunda que vive de la dulce y confortadora alegría de evangelizar»³.

Algunos aspectos subrayados por el papa Francisco

– Pasión por Jesús.

El misionero siente

«que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera» (EG 266).

– Alegría.

«La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera» (EG 21).

– Liturgia del camino.

Partiendo el texto de Emaús (Lc 24,13-35), el Papa nos habla de una «Liturgia del camino», que precede a la de la Palabra y a la del Pan partido y nos comunica que, en cada uno de nuestros pasos, Jesús está a nuestro lado.

«Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio»⁴.

– Anunciar, sin miedo, el evangelio a los jóvenes.

«Ante la sensación generalizada de una fe cansada o reducida a meros “deberes que cumplir”, nuestros jóvenes tienen el deseo de descubrir el atractivo de Jesús, dejarse provocar por sus palabras y por sus gestos y, finalmente, soñar, gracias a él, con una vida plenamente humana, dichosa de gastarse amando»⁵.

³ Texto que el arzobispo argentino, Jorge Mario Bergoglio leyó en el pre cónclave ante los 114 cardenales electores, el 9 de marzo de 2013, y difundido bajo autorización por el cardenal Jaime Ortega, presente en el Aula.

⁴ Papa Francisco, *Mensaje Jornada de Misiones*, año 2016.

⁵ *Ibidem*.

– Marcado a fuego por la misión.

«Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (EG 273).

2. LA EUCARISTÍA, EL CAMINO MÁS EXCELENTE PARA NUESTRA CONFIGURACIÓN CON CRISTO SACERDOTE

Asombro eucarístico

Quisiera comenzar con el deseo del papa san Juan Pablo II al escribir su carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: Deseó con esta carta suscitar «asombro eucarístico».

Es lo mismo que nos dirá, de un modo poético, P. Claudel:

«Oh, Dios mío, esto es demasiado mayor que nosotros: sé Tú solo, por favor, responsable de esta enormidad»⁶.

El gran cantor de los «Himnos eucarísticos» comienza con una admiración: ¡Oh Sagrado Banquete!

El Concilio Vaticano II, al abordar el tema de la Eucaristía, lo hace con tal devoción y veneración que da la sensación de que los padres conciliares, han dejado sus asientos y se han puesto de rodillas:

«Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (SC 47).

Todo nos indica que la Iglesia, al tratar este tema, sabe que está pisando una «tierra sagrada» y, como Moisés ante la «Zarza ardiente», necesita descalzarse.

⁶ P. Claudel, *Hymne du Saint Sacrement, en Oeuvre poétique complète*, París 1967, p. 402: «Soyez tout seul, mon Dieu, car pour moi ce n'est pas mon affaire, responsable de cette énormité».

Los que ya somos mayores, sabemos que antes del Concilio Vaticano II, nuestros Catecismos dividían la Misa en tres partes esenciales: Ofertorio, Consagración y Comunión. La Liturgia de la Palabra quedaba muy difuminada, esto lo superó el Concilio al decir: las dos partes de que consta la Misa, a saber: la Liturgia de la Palabra y la Eucaristía, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto (SC 58).

La Eucaristía y la Trinidad

El misterio de la Santísima Trinidad está más presente de lo que nos imaginamos, en cada una de nuestras oraciones, en ellas estamos invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y un lugar privilegiado de la presencia de la Santísima Trinidad es en la santa Eucaristía. Hoy quiero resaltar cuatro momentos particulares:

- Invocación inicial

Toda Santa Misa no podemos iniciarla si no es invocando a la Santísima Trinidad, de hecho, el sacerdote la inicia diciendo «en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Es decir que en la Eucaristía, ya desde el inicio, está presente la Santísima Trinidad.

- Doxología (en el centro)

La palabra «doxología» viene del griego *doxa*, que significa «gloria». Doxología, por tanto, significa glorificación. Esta sucede en el momento en el que el sacerdote toma el Cuerpo y Sangre de Jesús (ya no son «pan y vino»), y lo presenta a Dios, diciendo: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre Omnipotente, en la Unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos», y el pueblo responde «Amén». Si vemos, ahí está presente la Trinidad: al Padre se ofrece, lo que se ofrece es el Hijo por medio del Espíritu Santo.

- Bendición final

Así como la Eucaristía inicia invocando a la Santísima Trinidad, también esta concluye con la invocación a la Santísima Trinidad. En la

bendición final se bendice al pueblo diciendo «y la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros y os acompañe siempre». Con ello, le estamos pidiendo a la Santísima Trinidad que acompañe y bendiga a cada uno de los presentes.

Eso supone y exige, como en la célebre pintura de la Trinidad de Rublëv, una Iglesia profundamente «eucarística», en la cual, la acción de compartir el misterio de Cristo en el pan partido está como inmersa en la inefable unidad de las tres Personas divinas, haciendo de la Iglesia misma un «icono» de la Trinidad.

Siendo esto así (de una manera totalmente convencional) pero para hacer más presente este «misterio» de la Eucaristía, dentro del Misterio Trinitario, podemos dividir la celebración en tres partes, siguiendo los versos del gran místico san Juan de la Cruz.

PRIMERA PARTE. La liturgia de la Palabra dedicada al Padre como «Música callada».

SEGUNDA PARTE. Desde el Ofertorio hasta la Doxología, dedicada al Hijo como «Soledad sonora».

TERCERA PARTE. La Comunión, dedicada al Espíritu Santo como «Cena que recrea y enamora»

1ª. Música callada

El Padre rompe el silencio y habla:

San Ignacio, camino del martirio, al hablar a la Iglesia de Magnesia, dice:

«Jesucristo, que es el verbo de Dios, que salió fuera del silencio»⁷.

El Padre. Que es «música callada», rompe su silencio y comienza a hablar. Lo expresa muy bien el inicio de la carta a los Hebreos: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (Heb 1,1).

⁷ S. Ignacio de Antioquía, *Carta a los Magnesianos* 8,2, en D. Ruiz Bueno (ed. lit.), *Padres apostólicos y apologistas griegos*, BAC-269, Madrid 2002.

En toda Eucaristía hay lecturas del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Y, la Constitución de Liturgia nos habla de una presencia especial de Cristo en la proclamación de la Palabra:

«Cristo está presente en su Palabra pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura es Él quien habla» (SC 7).

¿Cómo debemos acoger los fieles esta Palabra del Padre a través de su Hijo? Nadie ha expresado tan bellamente esta acogida del Verbo como san Juan de la Cruz:

«Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma»⁸.

Hay que catequizar a los fieles para que, cuando vienen a Misa, no vengan a escuchar a un hombre sino al propio Jesucristo que se nos ofrece en cada Eucaristía como «pan tierno» amasado en el horno del amor infinito del Padre.

2ª. Soledad sonora

Cristo y el Misterio pascual.

En cada Eucaristía se hace presente el Misterio pascual, de la Muerte y Resurrección de Cristo (Soledad sonora).

No cabe duda de que Jesús murió en soledad. «Abandonándole, huyeron todos» (Mc 14,50). Pero esta soledad se hizo sonora en la Resurrección.

En cada Eucaristía hacemos memorial de estos acontecimientos. Pero el memorial no es una mera evocación del pasado. El pasado irrumpe en el presente, fermentándole con su fuerza salvífica. No se trata de repetir un gesto sino de revivir su significado.

Los judíos siempre que recordaban los acontecimientos del pasado trataban de actualizarlos.

En la Cena Pascual hay un ritual bien detallado. En esta noche se colocan los alimentos en una mesa: El cordero pascual, los panes ázimos, las hierbas amargas, la salsa roja. Luego comienza la gran catequesis familiar: El más joven de entre ellos, pregunta al rabino más anciano: ¿Qué significa esto? ¿Por qué esta noche es tan distinta de todas las noches? Y el anciano va contestando: «Pascua» significa «paso» y con él

⁸ *Dichos de luz y amor* 104; cf. *Subida* II, 22,3-6.

recordamos que Dios pasó de largo ante las casas de nuestros padres y así se libraron del ángel exterminador. Comemos «hierbas amargas» para recordar los años que los egipcios amargaron la vida de nuestros padres en Egipto. También comemos «panes ázimos» sin fermentar, porque Dios no dio tiempo a que fermentara la malicia del Faraón. La salsa roja recuerda los ladrillos, símbolo de la opresión que sufrieron nuestros padres bajo el dominio del faraón.

Se evoca la historia, se revive, se actualiza por medio de signos y gestos. El memorial es un HOY. Es muy importante lo que dice la Mishná (libro que recoge las tradiciones que explican las Escrituras):

«En cada generación, cada hombre debe considerarse como si hubiera salido personalmente de Egipto».

Jesús celebró la Eucaristía en este contexto judío. Cuando dice: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19) no quiere decir simplemente que nos acordemos de lo que Él ha hecho por nosotros, sino que «lo actualicemos», lo «hagamos presente» y, sobre todo, que «lo vivamos».

Nos advierte el Concilio Vaticano II:

«Toda celebración eucarística debe conducir a las obras de caridad y a la ayuda mutua como a la acción misionera y a las varias formas de testimonio cristiano» (PO 6).

3ª. Cena que recrea y enamora

El Espíritu Santo: La comunión.

El Espíritu Santo está presente en la Palabra:

«El anuncio de la palabra no se reduce a una mera enseñanza. Exige una respuesta de fe. Es el Espíritu Santo el que da la gracia de la fe, la fortalece, y la hace crecer en la Comunidad» (CIC 1102).

El Espíritu Santo se hace presente en la epiclesis:

¿Qué es la epiclesis? Escuchemos el Catecismo de la Iglesia Católica:

«Es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el ESPÍRITU SANTIFICADOR para que las ofrendas se conviertan en ofrenda viva para Dios» (CIC 1105).

La Iglesia protege a toda celebración de todo género de magia. El sacerdote no es un mago ni un brujo que pronuncia palabras arcanas.

Todo ocurre en profundidad por la fuerza del Espíritu Santo. Es el Espíritu el que realiza la presencia sacramental de Cristo.

Y nos detenemos especialmente en la parte de la Comunión.

El Misal Romano ha incorporado en la Liturgia espacios de silencio:

«Terminada la distribución de la Comunión, si resulta oportuno, el sacerdote y los fieles oran en silencio por algún intervalo de tiempo»⁹.

Este silencio en la Liturgia es muy importante. Oigamos unas palabras autorizadas de Romano Guardini:

«Si alguien me preguntase donde comienza la vida litúrgica yo respondería con el aprendizaje del silencio. Sin él todo carece de seriedad y es vano. Este silencio es condición previa de toda Acción Sagrada»¹⁰.

Y el gran liturgista Martimort decía:

«El silencio llena el espacio con tanta fuerza como la Palabra o el canto»¹¹.

El misterio que se celebra sobre el altar debe hacerse presente en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. Cada celebración de la Eucaristía debe ser como un pequeño Pentecostés. La oración-contemplación después de comulgar tiene un sentido especial.

«He ahí que estoy en la puerta y llamo. Si me abres entraré en tu casa y cenaré contigo» (Ap 3,20).

– Santa Teresa de Jesús recomendaba a sus monjas hacer oración en esos preciosos momentos. Ella misma afirma la cantidad de dones y gracias que el Señor le ha otorgado en esos momentos de gracia. Cuando la asamblea llega a su cumbre del encuentro con Dios, ¿habrá que romper el vínculo de la oración? ¿Por qué no detenerse? ¿Por qué no gozar en esos momentos saciándonos de los ríos del Espíritu? (Jn 7,37).

– Santa Teresita, inmediatamente después de comulgar, se abandonaba a la invasión del amor infinito para que, desde ella, se desbordase sobre el mundo.

⁹ Ordenamiento General del Misal Romano, p. 88.

¹⁰ R. Guardini, *La messe*, Cerf, París 1957, p. 20.

¹¹ A. G. Martimort, *Le sens du sacré*, p. 67.

– La mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística? (*Ecclesia de Eucharistia* 55).

– Momento especial para custodiar el don del celibato:

«La virginidad remontándose sobre las nubes los ángeles y los astros, halló al Verbo de Dios en el seno mismo del Padre y bebió a raudales su AMOR»¹².

Hoy, más que nunca, los cristianos necesitamos «experiencias de fe», «encuentros vivos con Jesús». Y no podemos desperdiciar esos momentos.

Los feligreses se quejan de que los sacerdotes, una vez acabada la celebración, tienen demasiada prisa por cerrar las puertas de las Iglesias, «para que no nos roben». Y me pregunto ¿puede haber robo mayor que el privar a los fieles de esos momentos sagrados?

Sería muy edificante que el sacerdote, después de la Misa, se quedara rezando un rato largo en una adoración reverente y diera ejemplo a los feligreses para disfrutar juntos el Misterio que acaban de celebrar.

El Espíritu Santo, nos dice Jesús, nos llevará a la «verdad completa». Y la verdad completa no está en «saber más cosas de Dios» sino «saborear lo que ya sabemos».

A medida que vamos teniendo años, vamos descubriendo nuestra debilidad, nuestra limitación y no podemos evadir la limitación suprema: la Muerte. Esta se nos presenta incierta en cuanto al modo y lugar, pero inexorablemente cierta. Y creo que no puede existir mejor preparación para morir que la Misa de cada día, bien celebrada.

La muerte física no es sino la última etapa de una «muerte al egoísmo» que comenzó en el bautismo y ha durado durante toda la vida. Por eso decía san Pablo: «Yo muero cada día» (1 Cor 15,31). Cada día experimenta que va dejando el «hombre viejo» de pecado y se va revisitando del hombre nuevo en Cristo. Cuando un sacerdote ha vivido con normalidad ese proceso y en el momento supremo sabe configurarse con Cristo de una manera definitiva, mezclando sus lágrimas a las suyas y uniendo sus sufrimientos a los de Cristo en la Cruz, escuchará también del Señor esas dulces y consoladoras palabras: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43).

¹² S. Ambrosio, *De Virginitate*, PL 16.

La muerte del sacerdote, unida a la de Cristo «Cabeza, Siervo, Pastor y Esposo» se convierte como en Pablo en la «Última Misa» (2 Tim 4,6). Y puede también afirmar: «Para mí vivir es Cristo y morir una ganancia» (Flp 1,21).

3. MARÍA, LA MADRE DE JESÚS, MODELO Y PARADIGMA DE CONFIGURACIÓN CON CRISTO

Hemos hablado de la configuración del sacerdote con Cristo. La mejor referencia, el modelo perfecto, el mejor paradigma de tal configuración es María, la Madre de Jesús y Madre nuestra.

Desde el primer momento ha sido la mejor discípula, la que mejor ha encarnado el seguimiento de Jesús, aunque en clave femenina.

Cristo entra en este mundo diciendo: «Aquí estoy» (Heb 10,7). Es el sí de Jesús rotundo y sonoro al Padre. Un sí que culminará en la Cruz, inclinando su cabeza y abandonándose en las manos de su Padre.

María responde con otro sí. «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). La vida de María fue otro sí rotundo sin fisuras, sin vacilaciones. El mismo evangelio dice que hay cosas que no entiende, pero las guarda en silencio en su corazón. Más que entender a Dios, prefiere fiarse de Dios.

«Jesús no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt 20,28).

Lo que marca la vida de Jesús fue su actitud de servicio auténtico y desinteresado. Servicio a Dios y a los hombres, sus hermanos. El que es Dios ha huido de la fama, el prestigio y el poder. Ha preferido pasar por esta vida «como uno más, como uno de tantos» (Flp 2,7).

A esta actitud de Jesús, María responde: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,28). María sabe que lleva en sus entrañas al Hijo de Dios y, lo primero que hace es, ponerse a servir a su prima Isabel. No se le han subido los humos a la cabeza, el servicio le brota espontáneo como el agua de un manantial.

Después de la misión de los apóstoles, Jesús se llena de gozo y exclama: «Yo te bendigo, Padre, Señor de cielo y tierra» (Mt 11,25). Jesús da gracias a Dios por las maravillas de la Creación.

No cabe duda que Jesús ha gozado de la Creación como nadie. No hay naturaleza muerta para Jesús. La ha visto como un regalo del Padre y en todo ha descubierto las huellas de su amor.

A esta exclamación de alabanza, responde María con el Magnificat (Lc 1,46.55). María, recoge las alabanzas y bendiciones que Dios ha otorgado a su pueblo y con su pueblo, ha elevado al Señor un himno de alabanza.

En el momento de la Cruz, Jesús se dirige al Padre diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Lc 15,34). Sensación de lejanía.

María acompaña a su Hijo en la Cruz y no entiende nada. Las bonitas palabras del Ángel sobre su Hijo: «Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor le dará el trono de David... su trono no tendrá fin» (Lc 1,32). Momentos de oscuridad para la fe ya que los hechos desmienten las palabras del Ángel. ¿Qué hace María? Se pliega con Jesús a la voluntad del Padre que no acaba de entender y se une más estrechamente con su Hijo.

No olvidemos un precioso detalle de Jesús antes de morir. Cuando estaba sumido en un inmenso mar de sufrimiento y amargura, Jesús, olvidándose de sí mismo, se acuerda de su madre: ¡Cuidádmela bien! Y le dice a Juan: «¡Ahí tienes a tu madre! Y, desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,27).

Teniendo en cuenta la simbología del evangelio de Juan, podemos deducir que Jesús ha querido vincular especialmente a su Madre con los discípulos de todos los tiempos y que cada uno de los sacerdotes puede acoger a María en su propia casa. ¿Y qué puede hacer María en casa de un sacerdote?

San Lucas nos dice que María fue a visitar a su prima Isabel. Y María se encuentra con un sacerdote, Zacarías, que por falta de fe está mudo. Lo sorprendente es que este sacerdote mudo, a los tres meses, compone un himno de fe entusiasta, el *Benedictus*, en paralelo con el *Magnificat* de María. Nos preguntamos: ¿Qué ha pasado en esta casa? De un incrédulo ha salido un creyente fervoroso y entusiasmado, que canta las maravillas de Dios. Ha pasado una cosa muy sencilla: el paso del María por esa casa. Dejemos que María entre en la casa de todos los sacerdotes y nos llene de bendiciones.

En las bodas de Caná (Jn 2), cuando faltaba el vino y decaía la fiesta, si uno de los comensales le hubiera pedido a Jesús que ayudara a los jóvenes esposos, probablemente Jesús se hubiera preocupado de darles vino, pero de la misma calidad que el vino anterior. Pero Jesús no les regaló un vino normal, sino un vino «exquisito». ¿Por qué? Porque se lo había pedido su Madre. La Virgen, nuestra Madre, puede pedir para

nosotros «el amor exquisito», ese amor que se transforma en donación, servicio, compromiso, finura, detalle. Ese amor que nos hace santos.

En la muerte de Jesús, por un momento, el Padre guardó silencio. Después habló con fuerza, resucitando al Hijo y alegrando el corazón de su Madre.

Todo sacerdote está llamado a la santidad configurándose con Cristo Cabeza, Siervo, Pastor y Esposo.

María ha ido por delante en este camino de seguimiento a Jesús. Y, como dice P. Claudel, se ha convertido en el «Sacramento de la ternura maternal de Dios».

El sacerdote, configurado con Cristo, y de la mano de María, está llamado a la santidad y así se convierte en SAL. Y pone en el mundo un sabor de trascendencia que tanto se necesita en nuestro tiempo.

«Aquel que se acerque a un sacerdote debe quedar condimentado con un sabor de vida eterna; como la carne se condimenta con el contacto con la sal»¹³.

¹³ San Gregorio Magno, *Hom. 17*, sobre los Evangelios, en F. Fernández de Carvajal, *Antología de textos*, Palabra, Madrid 2003, p. 4733.



Piedad de la Virgen, en un altar de la catedral de Tarazona.

ORACIÓN A MARÍA, MADRE DE LOS SACERDOTES

Al terminar esta Carta Pastoral sobre la santidad de los sacerdotes, quiero dirigirme a ti, María, con el cariño, la cercanía y sencillez de un niño con su madre. Y darte gracias de todo corazón.

Gracias por tus «manos hacendosas» que tocan y acarician lo pequeño, lo de siempre, lo que acontece cada día: Eso de ir a la fuente a buscar el agua; lo de saludar con una sonrisa a las personas que te encuentras en el camino; lo de limpiar la casa y meter la «levadura en la masa» para que José y Jesús puedan comer el «pan tierno de cada día», lo de canturrear un salmo de David mientras lavas los pañales a tu niño o zurces la vieja camisa de José. María, se nota que tú no has compuesto las letanías. Seguro que las hubieras hecho más breves y en ellas no hubiera faltado una que a ti tanto te agrada: «Madre de todos los días, ruega por nosotros».

Gracias por tus «pies presurosos» para servir a tu prima Isabel que te necesita. Tú acabas de decir «SÍ» a Dios y eres la mujer más importante de la historia; pero no se te han subido los humos a la cabeza. Haces lo de siempre, lo que sabes hacer, lo que te sale de dentro: SERVIR. Quitá de nosotros todo orgullo, toda vanidad, todo afán de poder. Que nuestro oficio sea servir con presteza y alegría a nuestros hermanos.

Gracias «por tu boca». Tú has entonado un «himno de alabanza a Dios». Y lo has hecho recogiendo la alabanza de tu pueblo. Tú has disfrutado «haciendo grande a Dios». Tú, sin necesidad de ir al Templo, has ofrecido al Señor, mejor que ningún otro sacerdote, el «mejor incienso de la tarde».

Gracias «por tus brazos» que han acogido a tu Hijo muerto y, sobre su cadáver, has derramado lágrimas de ternura y de compasión sobre el cuerpo dolorido de la humanidad. Tu dolor de madre te hace comprender el dolor de tantas madres que han perdido a sus hijos. En el primer ofertorio de la historia, Tú has ofrecido al Padre en la patena de tu

Hijo muerto, los destrozos de una humanidad deshumanizada con tantas guerras, tanta violencia, tanto sufrimiento.

Gracias «por tu fe», el evangelio nos dice que, a veces, no has comprendido a Dios, pero te has fiado plenamente de Él. Y en la noche de la fe, cuando tu Hijo muere y todo queda en tinieblas, cuando nadie cree en la Resurrección, tú has sabido mantener encendida la «única lámpara de la esperanza».

Gracias «por tu corazón de madre». En él has conservado todo el evangelio hecho «vivencia, experiencia». Eres el «quinto evangelio hecho vida». No lo has escrito porque lo estás escribiendo cada día para cada uno de nosotros. En ese «corazón de madre» has guardado toda la ternura del amor del Padre.

Gracias a ti, «Virgen grávida» que has llevado en tus entrañas la «plenitud de Dios». Ese bonito nombre de «María», que te pusieron tus padres, ha sido cambiado por el Ángel: «La llena de gracia». Lo tuyo es «rebosar». Eres la «grávida de Dios». Y cuando Jesús en la Cruz te pide que seas la «madre de todos», tu corazón no duda en ensancharse, haciendo tuyas las palabras de Isaías: «Ensancha el espacio de tu tienda, despliega sin reparo tus lonas, alarga tus cuerdas, afianza tus clavijas, pues vas a extenderte a un lado y a otro tus hijos heredaran naciones y repoblarán ciudades desiertas» (Is 54,2).

¡Madre de todos los hombres y especialmente de los sacerdotes, acógenos a todos en tu regazo!

✠ Eusebio Hernández Sola, OAR
Obispo de Tarazona

